

[Espíritu, alma y cuerpo](#)

[La antropología bíblica](#)

[El ADN](#)

[La investigación de las células madre](#)

[Acerca de la conciencia](#)

Espíritu, alma y cuerpo

H. A. Ironside, Estados Unidos, 1876-1951

Dios ha existido desde toda la eternidad como un inefable Ser en tres personas gloriosas: el Padre, Hijo y Espíritu, todos iguales en majestad, poder y demás atributos. Por esto, hablamos de Él como la Trinidad. El vocablo en sí no se encuentra en las páginas de la Santa Biblia, pero el hecho de una Trinidad está declarado una y otra vez, y quizás en ninguna parte es más llamativo que al final del Evangelio según Mateo: “Bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Obsérvese que no se trata de los nombres, como de tres seres, sino de el nombre. Los tres son uno.

El hombre fue creado como una persona en tres partes, y así hablamos de él como un ser tripartito. Es el espíritu, alma y cuerpo. El cuerpo solo no es el hombre; el alma sola no es el hombre; el espíritu solo no es el hombre. Pero el espíritu y el alma y el cuerpo constituyen al hombre.

No es necesario decir mucho del cuerpo; es aquella parte material del hombre, y es su enlace con la creación material como un conjunto. El cuerpo es la casa en la cual mora el hombre interior. En su condición actual está sujeto al deterioro y la muerte; pero habrá una resurrección de tanto el justo como el injusto, cuando los cuerpos de los salvados y de los perdidos serán resucitados de la muerte. En sus cuerpos materiales y resucitados todos los santos se presentarán ante el tribunal de Cristo para ser premiados según las obras hechas cuando en el cuerpo. Los impíos, resucitados mil años después, se presentarán ante el Gran Trono Blanco para ser juzgados según sus obras.

Conviene que hagamos referencia a la primera página de la Biblia para ver que en el principio hubo una obra tripartita de creación. Es decir, tres veces en este gran primer capítulo del Génesis dice que Dios creó. En el primer versículo leemos que “en el principio creó Dios el cielo y la tierra”. Aquí tenemos el origen de la materia. Nunca leemos de una segunda creación de una cosa material. Toda la materia del universo está formada de lo que fue creado en esa creación. En el 1.21 tenemos la segunda obra de creación: “Creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve”, o “todo ser que tiene alma viviente”. Aquí está el origen de la vida. Las Escrituras desconocen la idea de una vida espontánea generada de la materia muerta, sino distinguen absolutamente entre lo no viviente y lo viviente. Por ningún proceso de evolución podría lo inerte hacerse vivo. Si la vida va a venir al universo, Dios tiene que actuar de nuevo como Creador.

El alma, como veremos, es aquello que es común a tanto los animales como al hombre. Es la vida natural con todas sus capacidades de pasión, emoción e instinto. El alma del animal muere cuando muere el cuerpo; no es así con el alma del hombre, ya que ella está vinculada con su espíritu.

Me acuerdo de una ocasión años atrás cuando estuve de visita en el pueblo de Los Gatos, Estado California, realizando una serie de reuniones. Un adventista del séptimo día estaba allí en la misma época, dando discursos en una gran tienda de lona. Pasando frente a su carpa un día, vi que tenía colocado un aviso bien pintado. Las letras grandes decían: “Premio de diez mil dólares. Daré \$10.000 en moneda de oro a la persona que produzca un texto de la Biblia que habla de un alma inmortal”.

Entré, y encontré al conferencista limpiando las sillas. “Vengo, caballero”, le dije, “con respecto al letrero allí afuera”. “Ah”, respondió con una cortesía razonable, “será que piensa cobrar los diez mil dólares”. “No”, contesté, “temo que no puedo cobrar el premio de acuerdo con las reglas que usted establece”.

“Usted reconoce, pues, que la Biblia no habla en ninguna parte de un alma inmortal. O sea, que no muere”. Le dije que así es. Pero proseguí: “Por cuanto la Biblia no hace mención de un alma inmortal, ¿usted cree, señor, que el alma del hombre es mortal; o sea, que deja de existir?” “Claro”, me respondió, “si la Biblia no dice que es inmortal, entonces el alma tiene que ser mortal”.

Dirigí su atención al hecho de que si bien la Biblia no hace mención del alma como inmortal, tampoco la describe como sujeta a la muerte. Señalé que si uno va a discutir desde el punto de vista que él tenía, sería igualmente razonable decir que el alma del hombre no es mortal, ya que la Biblia tampoco dice lo contrario. Pero insistí más: “Si puedo señalarle una escritura que declara que el alma no muere cuando el cuerpo muere, ¿entonces me dará los diez mil? Supongo que cuando habla a la gente de un alma inmortal, usted quiere decir una que sigue viva cuando el cuerpo desvanece”.

El hombre empezó a buscar una salida”. Bueno ...” decía, “bueno, podría ser cuestión de interpretación ...” Pero le di mi versículo; usted lo encontrará en Mateo 10.28. Allí nuestro Señor dice: “No temáis a los que matan al cuerpo, mas al alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”. El adventista se quedó callado. El hecho es que en las Sagradas Escrituras las palabras *mortal* e *inmortal* se usan sólo con referencia al cuerpo. El cuerpo mortal se vuelve inmortal si el creyente vive sobre la tierra hasta que el Señor regrese del cielo.

Volviendo al Génesis, encontramos la tercera obra de creación en el 1.27. Leemos que “creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”. ¿Por qué la necesidad de este acto de creación si el hombre es simplemente una evolución de los animales inferiores a él? La realidad es que de ninguna manera podrían las criaturas poseer un espíritu que reflexiona y razona al ser dotados de tan solo cuerpo y alma. Dios tenía que impartírselo.

Es este espíritu que levanta al hombre por encima de todo el resto de la creación de Dios. Si busca Zacarías 12.1, leerá: “Jehová, que extiende los cielos y funde la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él, ha dicho ...” Obsérvese que la formación del espíritu humano se trata como una obra tan grande como la de extender los cielos y fundar la tierra. ¿Esto nos da alguna idea de su importancia en la estima de Dios?

Ahora, ¿qué es este espíritu en el hombre? Tal vez el pasaje más claro al respecto es 1 Corintios 2.11: “¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Aquí se manifiesta que el espíritu es el asiento de la inteligencia. Es por medio del espíritu que el hombre tiene conocimiento; es el espíritu que razona. Es el espíritu que recibe instrucciones de Dios.

Otras escrituras exponen esto”. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”, Romanos 8.16. “Testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo ...” Romanos 1.9. “Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente hace que él entienda”, Job 32.8. Obsérvese que la comprensión se recibe a través de espíritu por inspiración divina.

“El ánimo del hombre soportará su enfermedad; mas ¿quién soportará al ánimo angustiado?” Proverbios 18.14. [“El espíritu de un hombre sus su flaqueza”, Versión Moderna. Varias versiones sancionadas por la iglesia romana emplean *espíritu* en vez de *ánimo*.] “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón”, Proverbios 20.27. Dios ilumina al hombre, comunicando la verdad divina al espíritu.

Es el espíritu que reflexiona. El espíritu es aquella parte del hombre a la cual Dios, quien es Espíritu, comunica su parecer. Al morir uno, su espíritu deja el cuerpo. Por cierto, ésta es la muerte la separación del cuerpo y el espíritu. Se nos informa en Santiago 2.26 que “el cuerpo sin espíritu es muerto”. Hemos visto ya que cuando el cuerpo de la bestia muere, su alma, que está vinculada a su cuerpo, muere también; es el fin de su existencia. Pero cuando el cuerpo del hombre muere, su espíritu deja el cuerpo, sea persona creyente o no. “... el espíritu vuelva a Dios que lo dio”, Eclesiastés 12.7. Dejando atrás su morada terrestre, el espíritu va al mundo que no vemos, delante del Dios que lo creó. Es así tanto con los que son salvos como con los que no lo son. Ambos tienen que dar cuenta a Dios.

Los materialistas insisten que el espíritu no es más que el aliento. Señalan que en los idiomas hebreo y griego *aliento*, *viento*, y *espíritu* son una misma palabra en cada caso, y por tanto alegan que cada una puede ser traducida con impunidad como *aliento*. Sin embargo, es bueno que recordemos que aun en nuestro propio idioma el vocablo *espíritu* tiene diferentes sentidos según el contexto en que uno lo emplea, y que éstos no pueden ser confundidos sin hacer violencia al idioma. Hablamos de un hombre con espíritu, queriendo decir que tiene energía y propósitos definidos. Hablamos de un espíritu en el sentido de un fantasma.

La mejor manera de saber si el espíritu del hombre es simplemente su aliento es de procurar traducir por nuestra propia cuenta. Sustituya la palabra *aliento* en los varios pasajes ya citados, y vea si cabe. “Todo vuestro aliento, alma y cuerpo sea guardado irrepreensible ...” ¿Qué le parece? Un aliento irrepreensible es deseable, ¿pero el apóstol quería decir semejante cosa? Otro intento: “¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el aliento del hombre que está en él?” ¿Quién ha oído de un aliento inteligente? Tampoco es el “aliento” del hombre que es lámpara de Jehová; ni el Espíritu de Dios da testimonio a nuestro “aliento” que somos hijos de Dios. El servicio que Pablo prestó en el evangelio fue mucho más que su “aliento”. Basta. Es evidente que la teoría es ridícula.

¿Qué diremos, pues, del alma del hombre? El texto al encabezamiento de este escrito aclara que no debemos confundirla con nuestro espíritu. [Nota del traductor: La Reina-Valera de 1909 y la Versión Moderna son más enfáticas: “espíritu y alma y cuerpo”. Besson lo traduce, “el espíritu, el alma y el cuerpo”.]

En Hebreos 4.12 leemos: “La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos,

y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”. Aprendemos aquí que la Palabra de Dios distingue entre el alma y el espíritu. No los separa, porque los dos nunca se separan, ni en vida ni en muerte. El espíritu es la parte superior del hombre invisible; es aquella parte, como hemos visto ya, a la cual el Espíritu de Dios se dirige. El alma es la parte inferior del hombre invisible, y es el enlace entre el cuerpo y el espíritu. No es meramente la vida natural. Es esa vida, pero es mucho más; es el asiento de la naturaleza emotiva del hombre.

De nuevo, permítame unas citas de las Escrituras, comenzando con una que habla de que Dios tiene alma. “El justo vivirá por fe; y si retrocediera, no agrada a mi alma”, Hebreos 10.38. Y en el versículo siguiente leemos que “no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma”. El alma de Dios anhela la salvación del alma nuestra; es decir, Dios en su amor infinito quiere que nuestra naturaleza emocional esté en plena armonía con la suya. Los deseos carnales nos estorban en esto, como dice 1 Pedro 2.11.

El alma que está en armonía con Dios encuentra su placer en Él, y en este gozo el espíritu participa plenamente. María dijo en Lucas 1.46, “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”. El alma sufre. Lucas 2.35: “Una espada traspasará tu misma alma”. Salmo 107.26: “Sus almas se derriten con el mal”. Los hermanos de José confesaron, “Verdaderamente vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos”. El Señor Jesús dijo, “Ahora está turbada mi alma”, y de su agonía sobre la cruz se dice, “cuando haya puesto su vida [alma] en expiación por el pecado”. [Nota del traductor: La Reina-Valera y otras traducciones al español hablan de *vida* en Isaías 53.10,12 y de *alma* en 53.11 Parece raro, ya que la palabra en hebreo es una misma, y es la que se traduce generalmente --pero no siempre-- como *alma*.]

El alma ama: “¿Habéis visto al que ama mi alma?” exclama la esposa en el Cantar. En 1 Samuel 18.1, “el alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán como a sí mismo”. El alma aborrece: “... hiera a los cojos y ciegos aborrecidos del alma de David”, 2 Sa-muel 5:8. El alma se entristece: “... se entristecerá en él su alma”, Job 14.22. El alma desea y anhela: “Su alma deseó, e hizo”, Job 23.13 “Quebrantada está mi alma de desear”, Salmo 119.20. “Clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios”, Salmo 42.1, 63.1.

Estas son apenas unas pocas escrituras entre muchas similares que uno podría citar. Sin duda establecen que el alma es el asiento de la naturaleza humana, como el espíritu es el asiento de la naturaleza intelectual.

Por cuanto el hombre en su cuerpo actual es tan marcadamente una criatura emotiva, se habla del alma para referirse al hombre en su conjunto. Una y otra vez se refiere al hombre como un alma. Hay por ejemplo, el Génesis 2. 7 [en la Reina-Valera de 1909, etc.] “fue el hombre un alma viviente”. En Lucas 12.20 el Señor dice al rico necio: “Esta noche vienen a pedirte tu alma”, y en el Apocalipsis 6 Juan vio bajo el altar “las almas de los que habían sido muertos”. Es enteramente correcto, pues, hablar de que el hombre tiene un alma que salvar o perder.

Alguien ha empleado la casa de tres plantas como una figura del hombre según fue creado por Dios: la planta baja es el cuerpo, la del medio es el taller o lugar de trabajo, y ella corresponde al alma, y la de arriba es el observatorio, el lugar de comunión y estudio, y ella corresponde al espíritu. En su condición sin pecado, el espíritu del hombre conversaba con Dios y gozaba de comunión con el Espíritu infinito. La caída del hombre, cual terremoto moral, sacudió la casa de tal manera que el tercer piso se desplomó al sótano. Por lo tanto, el

hombre natural es uno en quien predomina el alma. El vocablo traducido como *natural* y *sensual* en el Nuevo Testamento es un adjetivo que indica “del alma”.

Aunque caído, el hombre no está desprovisto de espíritu. Es que tiene el entendimiento entenebrecido y está ajeno de la vida de Dios por la ignorancia que hay en él; Efesios 4.18. Ninguna obra suya puede restaurar el espíritu al lugar que le correspondía, ya que todas las facultades humanas han sido pervertidas por la caída.

Su espíritu no se sujeta a Dios, habiendo sido contaminado por el pecado. Uno se acuerda de la expresión, “toda contaminación de carne y espíritu”, en 2 Corintios 7.1. El alma se ha corrompido, amando lo que Dios aborrece y aborreciendo lo que Dios ama. El cuerpo está debilitado por enfermedad y desperfecto, una consecuencia directa de la entrada del pecado al mundo. El hombre se desvió; se hizo inútil, Romanos 3.12. En otras palabras, el hombre es una criatura irremisiblemente arruinado, aparte de la gracia de Dios.

Pero es el propósito de Dios salvar a este hombre caído y degenerado: no simplemente restaurarle a su condición adánica, sino levantarle a un nivel que nunca había conocido. Para que fuese así, Dios mismo, en la persona de su Hijo, entró en esta escena en calidad de hombre. Él no sólo asumió cuerpo humano, sino que fue poseído de un verdadero espíritu y una verdadera alma.

Muchos no captan esto, y cometen el error de pensar en la Palabra eterna, el Logos, como llevando la misma relación a su cuerpo que tienen nuestro espíritu y alma al cuerpo nuestro. Cristo no sólo tomó un cuerpo como tabernáculo o residencia para la Deidad, sino que tomó una humanidad completa en unión con la Deidad. Así se manifestó en la tierra como el Hijo de Dios: uno con naturaleza divina y naturaleza humana.

Que Él tiene alma humana es evidente en los pasajes ya citados. En otra parte dice: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte”. Está escrito también que “Jesús se regocijó en espíritu”, y cuando estaba a punto de poner su vida, exclamó, “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Se ofrecía cual sacrificio entero —cuerpo, alma y espíritu— por cuenta de la humanidad arruinada.

La sangre expiatoria que compró la redención fue la sangre de un hombre que no había sido manchado por el pecado. El cuerpo ofrecido sobre la cruz fue un cuerpo humano, santo e incontaminado. La angustia de su alma era angustia de un alma humana, la cual podemos comprender sólo tenuemente, cuando sufrió allí en lo más íntimo de su ser; todos sus afectos más tiernos fueron lacerados mientras tomó el lugar nuestro en juicio sobre la cruz. Escasamente podemos captar las tinieblas que inundaron su espíritu al escuchar su imponente clamor, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” El sacrificio suyo fue íntegro cuando se dio por nosotros.

Cuando el alma confía en Cristo como su Salvador, una vida nueva le es comunicada a ese ser una vez arruinado. Esa vida nueva se hace sentir --¿lo diré?-- en toda parte. El espíritu despertado recibe ahora la palabra de Dios, y el hombre está renovado en el espíritu de su mente. El edificio está bajo renovación, de manera que el ocupante puede mirar arriba de nuevo hacia Dios y entrar en comunión con Él por medio del Espíritu. El hombre está capacitado ahora para recibir y comprender la mente de Dios y discernir qué está acorde con la Palabra. Su alma es salva, sus afectos purificados, sus anhelos dirigidos ahora a cosas celestiales y santas en vez de cosas malsanas y mundanas.

Es sólo el cuerpo que se queda sin cambio por el presente, excepto en la medida en que la vida nueva permita al nuevo creyente resistir los apetitos físicos que una vez amenazaban

con echar a perder este tabernáculo, el cual se reconoce ahora como templo del Dios vivo. Pero, a la larga, en la venida del Señor Jesucristo, Él cambiará este cuerpo de la humillación nuestra y lo hará conforme al cuerpo de la gloria suya. Entonces entraremos plenamente en los efectos de la salvación en lo que se refiere al espíritu, alma y cuerpo. Habremos quitado el cuerpo natural para vestirnos de un cuerpo espiritual.

Leemos en 1 Corintios 15.44 que “se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo celestial”. Algunos, al leer estas palabras, hacen un contraste mental entre un cuerpo material y uno sin materia, pero esto no es el pensamiento del apóstol ni la mente del Espíritu. Un cuerpo natural conviene al alma; el vocablo *natural*, como hemos visto ya, es simplemente un adjetivo derivado del sustantivo *alma*. Podríamos decir que es un cuerpo enfocado al alma.

Es resucitado un cuerpo espiritual; no un cuerpo de espíritu, sino un verdadero cuerpo enfocado al espíritu. Muchas veces ahora el espíritu está dispuesto pero el cuerpo es débil. En aquel entonces espíritu y cuerpo van a estar en perfecto acuerdo. Es en este sentido que nuestra salvación será completada: el espíritu, alma y cuerpo perfectamente conformados a la imagen de nuestro Señor Jesucristo, el primogénito entre muchos hermanos.

Seremos enteramente cambiados a cómo Él es, nuestros cuerpos glorificados para siempre como el suyo. “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”, 1 Tesalonicenses 5.24. Está escrito en Filipenses 1.6 que “el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. En aquel día de la salvación íntegra, todo nuestro espíritu-alma-cuerpo se encontrará irreprochable delante de Dios, cuando estemos en su presencia en toda la perfección de la obra realizada en su entereza por Cristo.

La antropología bíblica

David Vallance; *Truth & Tidings*, junio y agosto 2007
el autor es médico cirujano en Detroit, Estados Unidos

La antropología es el estudio del ser humano. Así como con cualquier área del saber, un entendimiento correcto de este tema debe comenzar y terminar con lo que el Espíritu Santo nos revela en la Biblia. La Palabra de Dios responde a preguntas grandes que podríamos formular acerca de nosotros mismos como humanos: ¿De dónde venimos? ¿De qué somos compuestos? ¿Qué es nuestra finalidad? ¿Existiremos para siempre?

El materialismo es falso

Los materialistas, como los evolucionistas ateos que controlan la educación secular, creen que el universo físico es todo lo que hay, negando la existencia de cualquier cosa sobrenatural o espiritual. Por lo tanto ven a los humanos como monistas, o compuestos de una sola sustancia, cual es la materia física. Para ellos, el hombre es meramente una colección interesante de compuestos químicos e impulsos eléctricos.

Si este criterio fuera cierto, entonces la vida humana no podría ser singularmente diferente de otras formas de vida. No tendríamos una razón lógica para vernos como distintos de los animales. Los activistas en materia de los derechos de animales se han aprovechado de este concepto y juran que todos los seres conscientes deben tener un mismo valor. Pero si la vida es simplemente química, ¿por qué valorar los seres conscientes por encima de las plantas?

Si el materialismo es cierto, entonces ninguna forma de vida puede tener una significación válida, y si nuestra existencia es un accidente insólito sin diseño inteligente o propósito final, si no sobrevivimos más allá de la muerte, entonces en el fondo no valemos nada. Los extensionalistas del siglo 20, como Albert Camus, reconocían esto sin reserva.

Sin embargo, la mayoría de los filósofos humanistas procuran salvaguardar algún valor humano de esta percepción de un mundo echado a perder. Así como los magos sacan conejos de un sombrero vacío, ellos insisten en presentar la dignidad humana como algo que todo el mundo debería reconocer. Pero esta ilusión no debe engañar a nadie; usted no puede encontrar significación humana en meros átomos.

Dios es Espíritu

La Biblia abre con: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Aprendemos de una vez que un Ser no físico existe eternamente, fuera del universo. Aquel Ser, el Dios trino, es Espíritu, Juan 4.24. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son antes del tiempo, más allá del espacio y distinto de la materia. Ahora, si Dios es la Persona original y auténtica, y es Espíritu, entonces el hecho de ser una persona debe ser primeramente una realidad espiritual y no física.

El hombre es espíritu, alma y cuerpo

Si llevamos en mente que Dios es Espíritu, sabremos buscar más allá de lo físico cuando intentamos comprender su criatura, el hombre. Génesis 2.7 distingue claramente entre los componentes espiritual y físico de la vida humana: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”. La primera frase describe cómo Dios formó el cuerpo de Adán de “polvo” prefabricado, pero descubrimos que hasta este punto Adán no vivía. Podemos presumir que las células individuales que componían su cuerpo tenían vida biológica, así como tienen los microorganismos y las plantas, pero Adán mismo no vivía aún.

Concluimos de nuevo que la vida humana no es meramente el resultado final de la actividad bioquímica de células y órganos. Más bien, la vida auténtica del primer hombre comenzó tan sólo cuando recibió el soplo de Dios, lo cual le impartió vida espiritual y lo hizo alma viviente. En ese momento Adán ya estaba de un todo vivo y era enteramente humano – un ser inmaterial que había sido fusionado con un cuerpo preformado y por lo tanto admite ser separado.

Las células morirían con el correr del tiempo, pero con toda la vida inmaterial de Adán en su alma (su “alma/vida”) se quedó intacta. Adán murió 930 años más tarde; debido a su pecado, su vida bioquímica llegó por fin a su punto final y se volvió polvo sin vida. “Fueron todos los días que vivió Adán novecientos treinta años; y murió”, Génesis 5.5. Con todo, su ser inmaterial fue a otra esfera y siguió viva. Se le “salió el alma”, al decir de Génesis 35.18. A lo largo de las edades posteriores, su prole moría también y sería unido a él. Génesis 25.8.

Adicionalmente, Génesis 2.7 insinúa que en realidad Dios fusionó dos componentes – el espíritu y el alma – con el fin de crear el Adán inmaterial. Primeramente, “el soplo de vida” (el soplo de Dios que dio vida) hizo a Adán un espíritu, uno que participa de la vida propia de Dios. Las principales palabras bíblicas para “espíritu” (hebreo, *ruach*; griego, *pnéuma*) significan también “viento” y “soplo”. El viento es la analogía más cercana que tenemos en nuestro mundo material para las cosas inmateriales. Aun cuando invisible, es obvio que el viento es real, y así también los espíritus. “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”, Juan 3.8.

Así que Dios quien es Espíritu, *ruach*, sopló en las narices de Adán y de esta manera le suministró con su propio espíritu, *ruach*. Ezequiel 37.9 presenta el mismo cuadro: se le dice al profeta que invoque al viento, *ruach*, para soplar sobre los cuerpos restaurados con el fin de resucitarlos. Una vez llenados estos cuerpos de viento, o espíritu, *ruach*, ellos se levantan vivos.

Pero en su frase final Génesis 2.7 insinúa un segundo componente no físico: “alma viviente”. Como resultado del soplo de parte de Dios, el hombre mismo comenzó a respirar. El sentido raíz de “alma” (hebreo, *nephesh*; griego, *psucê*) es simplemente “uno que sopla”. La definición común, “criatura viviente”, se deriva de este. Así el soplo de Dios no sólo insertó un espíritu vivo en Adán, sino también lo hizo alma viviente, una criatura cuyo cuerpo físico estaba poseído de y animado ahora por una fuerza vital adentro. La Biblia presenta dos fenómenos como prueba de la presencia de esta “alma/vida” inmaterial: el hecho de respirar y, como veremos luego, el flujo de sangre.

Esta distinción espíritu/alma es sutil en Génesis 2.7. Sin embargo, revelación adicional en la Biblia explica que todo ser humano en este mundo se compone de un cuerpo material habitado por, y animado por, un yo inmaterial, y que este yo inmaterial tiene dos componentes distintos: el espíritu y el alma.

En 1 Tesalonicenses 5.23 Pablo afirma claramente la verdad acerca de nuestra constitución: “el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. La frase “vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo” enfatiza el alcance de la santificación. El interés de Pablo no es cuánta santificación posee el creyente, sino hasta dónde la santidad debe penetrar su composición. Así, el apóstol ora que Dios ponga aparte a la persona entera – que su obra santificadora llegue a toda parte del ser humano. Para decirlo, el toma el paso poco común de citar todos los tres componentes de nuestro yo, nuestro ser humano.

Las almas humanas y las de los animales

El hombre es único entre las criaturas. “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen”, Génesis 1.26. Obsérvese que habla de la creación del hombre solamente, y no de los animales. La formación del hombre difiere de las otras criaturas en que sólo él es creado como un individuo, formado personalmente del polvo, y por separado recibe el soplo de vida directamente de Dios. Esta vida única equipa al hombre con un entendimiento espiritual y con una conciencia: “Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda”, Job 32.8. “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón”, Proverbios 20.27.

Hecho en la imagen de Dios, solamente el hombre representa a Dios; hecho en la semejanza de Dios, solamente el hombre se parece a Dios. Solamente el hombre tiene un espíritu, habilitándole singularmente para comunión con Dios. Solamente Adán era hijo de Dios por creación (“hijo de Adán, hijo de Dios”, Lucas 3.38), y él, como Eva, tenía dominio sobre el resto de la creación.

Tenemos que reconocer, sin embargo, que también los animales tienen alma viviente. Génesis 1.20,21,24 y 30 emplean la expresión *nephesh hayyah*, literalmente “un alma de vida”, para los peces, aves y criaturas terrestres, y Génesis 2.7 emplea la expresión idéntica para el hombre. Los animales tienen almas en el sentido que su vida, como la nuestra, no puede ser reducida a meramente el funcionamiento biológico de sus células. Tiene una fuerza inmaterial de vida.

Sin embargo, la Biblia no sugiere en ninguna parte que las almas de los animales viven para siempre. Miles de almas de animales acompañaron a Noé en el arca, pero 1 Pedro 3.20

declara que sólo ocho almas fueron salvas. Por lo tanto las almas humanas son enteramente diferentes de las de los animales. Solamente las almas humanas son responsables ante Dios, solamente ellas viven más allá de sus cuerpos y solamente ellas habitan el cielo o el infierno para siempre.

Con respecto a los sacrificios del Antiguo Testamento, es imprescindible ver el significado del alma/vida animal. Levítico 17.11 enseña que “la vida (*nephesh*, alma) de la carne en la sangre está”. La sangre derramada de animales expió el alma humana. La sangre en sí impregna el cuerpo entero, aportando una sola vida coherente al organismo; la sangre ilustra la existencia de una fuerza inmaterial de vida en el cuerpo físico. “La sangre es la vida, y no comerás la vida juntamente con su carne”, Deuteronomio 12.23.

El flujo de la sangre señala la presencia adentro de un alma/vida sin forma que trasciende la mera vida biológica. El derramamiento de la sangre de animales significaba el desprendimiento de un alma animal, lo cual proveyó la limpieza ceremonial para almas humanas. Dios no aportó el soplo de vida a los animales y por esto no poseen espíritus. Reconocemos que Génesis 7.17, 7.15,22 emplean el término *ruach* (“espíritu” o “soplo”) para animales, pero estos versículos del relato del diluvio se refieren a la respiración literal. Todos los animales que respiraban aire se ahogaron en el diluvio, excepto aquellos en el arca de Noé. Salmo 104.29 y Eclesiastés 3.21 también hablan de la respiración literal. Los animales no poseen verdaderos espíritus ni almas que existirán para siempre.

El alma y el espíritu son distintos

No es obvio ni fácil ver cómo el espíritu difiere del alma. Por cierto, el que escribió a los hebreos comenta que solamente la Palabra de Dios distingue claramente entre los dos: “La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”, Hebreos 4.12.

En el cuerpo interior (evidenciado por los huesos) un bisturí puede diseccionar las coyunturas de la médula, y así en el sector no físico interior la Palabra de Dios distingue el alma humana del espíritu humano. La frase “partir el alma y el espíritu” no quiere decir que la Palabra desconecta literalmente estos componentes inmateriales el uno del otro. Aun cuando la muerte física separa el espíritu-y-alma del cuerpo, nada puede dislocar el espíritu del alma. La parte espiritual del hombre, compuesta de espíritu y alma en conjunto, es invisible, pero con todo la Palabra de Dios puede separar figurativamente el alma y el espíritu por distinguir entre ellos.

No obstante esto, muchos teólogos modernos enseñan que los términos “espíritu” y “alma” son idénticos, afirmando que los seres humanos tienen sólo dos componentes, no tres. Ellos basan esto en el hecho de que parece que la Palabra de Dios intercambia muchas veces “alma” y “espíritu”. Las palabras de María en Lucas 1.46,47 son un ejemplo de esto: “Engrandece mi alma ... mi espíritu se regocija ...” Hay también Job 7.11: “Hablaré en la angustia de mi espíritu, y me quejaré con la amargura de mi alma”, e Isaías 26.9: “Con mi alma te he deseado en la noche, y en tanto que me dure el espíritu dentro de mí, madrugaré a buscarte”.

Sin embargo, cuando el Espíritu de Dios coloca lado a lado frases paralelas, no es con el fin de que veamos las palabras en pareja como precisamente idénticas. Si dejamos de buscar distinciones finas, dejamos que verdad preciosa se deslice entre los dedos. Como un ejemplo, aquellos que equiparan “nuestra imagen” y “nuestra semejanza” en Génesis 1.26 renuncian a la verdad que Dios hizo al hombre a su imagen para representarle, pero hizo al hombre en su semejanza para ser parecido a Él. Frases similares no son frases idénticas.

¿Por qué parece que solapan en la Palabra de Dios los términos “alma” y “espíritu”? A menudo la Biblia emplea el uno para representar ambos, o aun a la persona entera. Llamamos esta modalidad literaria una sinécdoque; es una figura en la cual una parte significa todo el conjunto. Por ejemplo, podemos decir: “Se presentó la ley”, para expresar que llegó un policía. O: “manos a la obra”, para decir que la persona entera debe dedicarse a una tarea.

De modo similar, a veces la Biblia emplea “espíritu”, “carne” o “corazón” para significar la persona entera. Por esto algunos pasajes hablan de que tenemos “cuerpo” y “alma”, Mateo 20.28; algunos emparejan “cuerpo” o “carne” y “espíritu”, Santiago 2.26, 2 Corintios 7.1; otros, “carne” y “corazón”, Salmo 73.26, Ezequiel 44.7. En cada caso, uno de los elementos representa el componente inmaterial y espiritual del hombre, en contraste con lo físico.

El espíritu está consciente de Dios

Para estar consciente de Dios, amarle y tener comunión con Él, tenemos que tener espíritus. Aun cuando las plantas tienen cuerpos físicos, y los animales tienen almas, solamente los seres humanos poseen espíritus. Solamente por nuestros espíritus estamos conscientes de Dios, el Padre de espíritus, Hebreos 12.9. “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”, Juan 4.24. La Palabra de Dios asigna al espíritu capacidades como el razonamiento, la fe y la esperanza. El espíritu del hombre le hace consciente de Dios y capaz de relacionarse con Él. “... no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu habla misterios ... Si bendices sólo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho”, 1 Corintios 14.2, 16.

Además, su espíritu le hace consciente de sus propios pensamientos y capaz de entenderse a sí mismo. “¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?” 1 Corintios 2.11. Le da a él o ella imaginación y creatividad. El espíritu de una persona tiene el sentido moral de hacer juicios éticos y formar convicciones, y lleva la habilidad de imponerse sobre sus instintos. El espíritu humano es capaz de reverencia y adoración. Ningún animal tiene estas capacidades.

Antes de conversión, nuestros espíritus estaban alejados de Dios. “Ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay”, Efesios 4.18. Sin embargo, la salvación trajo la vida espiritual, “pero el que se une al Señor, un espíritu es con él”, 1 Corintios 6.17. Así como el soplo de Dios trajo vida a Adán, también el Espíritu trae la vida eterna a nosotros. “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha”, Juan 6.63.

El Espíritu continúa obrando de cerca con nuestros espíritus. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”, Romanos 8.16. En realidad, este contacto es tan directo que a veces estamos inseguros si ciertos versículos se refieren a nuestros espíritus o al Espíritu Santo quien nos capacita. Filipenses 3.3 es un ejemplo: “Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”. Por el control benévolo del Espíritu Santo, “los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas”, 1 Corintios 14.32. El servicio más elevado que podemos prestar a Dios es aquel que emana de nuestros espíritus. “Testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo”, Romanos 1.9.

Dios espera que nos ocupemos del Espíritu. “El ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz”, Romanos 8.6. La mente espiritual aprende a ceder al Espíritu y recibe verdad espiritual de él. “... nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”, 1 Corintios 2.10 al 16. El espiritual anhela una comunión estrecha con Dios.

El alma está consciente de sí

Al igual que el espíritu, el alma no es física. Sin embargo, hace sentido posicionar el alma entre el espíritu y el cuerpo, y considerarla la parte “inferior” de nuestra composición espiritual, por cuanto la Biblia relaciona de cerca el alma con el cuerpo.

Mentalmente, el alma está al tanto de sí misma y capaz de razonar y recordar. Por medio de una interfase con el cerebro físico, el alma recibe sentidos corporales y dirige las acciones del cuerpo. Por ejemplo, el alma come, Levítico 7.20; toca, Levítico 5.2, 22.6, Números 19.13; y jura, Levítico 5.4. [Se nota en estos ejemplos que la Reina-Valera habla de la “persona” y la King James en inglés, que el autor usó, del “alma”]. Además, el alma despliega todo el abanico de emociones: ama, 1 Samuel 18.11; odia, 2 Samuel 5.8; se regocija, Salmo 35.9; se entristece, Mateo 26.38; y se deprime, Salmo 42.6.

Cuando leemos de almas comiendo y tocando, entendemos que la Escritura está usando “alma” como una sinécdoque por la persona entera. ¿Pero por qué este énfasis sobre el alma? ¿Por qué llama la Palabra de Dios al hombre entero un “alma viviente” en vez de un cuerpo viviente? Es porque el Espíritu de Dios quiere que comprendamos que la persona real y perdurable es el alma invisible y no el cuerpo visible. Es una contradicción de frente de la filosofía materialista.

Dios tiene el alma como responsable por el pecado, Levítico 5.15,17, Ezequiel 18.4. Puede ceder a la lujuria y guerrear contra ella. “... que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”, 1 Pedro 2.11. Por el otro lado, el alma del creyente puede alabar a Dios en acorde con el espíritu humano. “María dijo: Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”, Lucas 1.46. Vemos que el alma escoge.

La Biblia emplea el adjetivo para “alma”, *psucikós*, para describir a las personas que no tienen el Espíritu de Dios morando en ellos, traducido como sensuales, animales y naturales en Judas 19, Santiago 3.15 y 1 Corintios 2.14. Sus almas pueden dominar sus vidas y suprimir sus espíritus disfuncionales. El hecho es que se comportan como animales, que no tienen espíritus; no están conscientes de Dios y no pueden captar verdades espirituales. Ellos actúan por impulsos físicos, se afanan por comodidades corporales, buscan la gratificación instantánea y se someten a la lujuria.

Pero aquellos que están en Cristo son una criatura nueva, 2 Corintios 5.17, con vida espiritual, Juan 3.6. Ahora sus espíritus renovados supervisan sus almas y controlan los apetitos del alma. “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias”, Romanos 6.12. “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre”, 1 Corintios 9.27.

El cuerpo está consciente del mundo

Dios diseñó el espíritu y el alma para morar en un cuerpo material. Experimentamos nuestro contorno físico por los sistemas sensorios del cuerpo, y controlamos nuestro ambiente por sus sistemas motores. Nos relacionamos con otros seres físicos por medio de nuestros cuerpos.

Aun cuando los materialistas insisten en que el cuerpo es la persona entera, la Escritura percibe el cuerpo como la posesión y la morada del alma y el espíritu. Después de la muerte, la localidad de una persona es la localidad de su espíritu y alma, bien en el cielo o en el hades. Por su parte, el cuerpo vuelve al polvo. “teniendo deseo de partir y estar con Cristo”, Filipenses 1.23. “quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”, 2 Corintios 5.8. “murió también el rico, y fue sepultado. Y en el hades alzó sus ojos”, Lucas 16.22,23.

De manera que un cuerpo por sí solo no es una persona, pero un espíritu y un alma por sí solos constituyen una persona.

No obstante el hecho de que el cuerpo sea la parte más periférica y menos esencial del ser humano, la Biblia lo considera necesario para la entereza humana. Hoy por hoy tanto el cielo como el hades están poblados de personas incorpóreas, descritas por ejemplo como “los espíritus de los justos hechos perfectos”, Hebreos 12.23, y “espíritus encarcelados”, 1 Pedro 3.19. Son personas incompletas; sus almas “desnudas” están en espera de reunirse definitivamente con sus cuerpos, 2 Corintios 5.1 al 3. Sean salvos o sean perdidos, los hombres y las mujeres entrarán en su morada eterna como personas enteras, compuestas de cuerpos, almas y espíritus.

Los antiguos filósofos griegos como Platón, los saduceos de los días de Cristo y más adelante los gnósticos, percibían el cuerpo como una cárcel mala. Aun creían que el cuerpo contamina el alma, impidiendo que logre su potencial. Para estos pensadores, la salvación y la libertad vienen sólo cuando el alma se escapa de las cadenas del cuerpo y los enredos del mundo físico. Hoy en día los pensadores del Movimiento New Age enseñan esencialmente la misma cosa: a saber, por la meditación y otros medios uno puede valerse de energías espirituales para escaparse del cuerpo, atravesar lo físico y lograr la unión con el cosmos.

La Biblia niega enteramente estos criterios. Cuando Dios hizo a Adán, era “bueno en gran manera”. Su cuerpo no era malo ni corruptible, y si el pecado no hubiera entrado, no hubiera sido parte del vivir humano el proceso del envejecimiento y el desgaste del cuerpo. “Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás,” Génesis 2.17. “Polvo eres, y al polvo volverás. El hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre”, Génesis 3.19,22. “Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”, Romanos 5.12.

La Biblia enseña que el pecado ha deslucido al cuerpo. Es “el cuerpo de la humillación nuestra”, Filipenses 3.21. Sin embargo, nunca inculpa al cuerpo físico por el pecado. “del corazón salen los malos pensamientos”, Mateo 15.19. “como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada”, Romanos 1.28. “... haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira”, Efesios 2.3.

La salvación, entonces, no es soltar el alma del cuerpo, sino, en cambio, debe purificar permanentemente el alma y el espíritu. En un día futuro aún, la redención lo transformará. “Gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”, Romanos 8.23. “Jesucristo ... transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya”, Filipenses 3.21.

La Biblia visualiza al cuerpo como una vestimenta con que el alma se viste en la concepción, quita en la muerte y pone de nuevo en la resurrección. Pablo emplea también la figura de una tienda, una residencia temporal para el alma y el espíritu. “Sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Los que estamos en este tabernáculo ... no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida”, 2 Corintios 5.1, 4. En cualquier momento se puede sacar las estacas y doblar la tienda. Sin embargo, en el rapto cambiaremos nuestra tienda por un hogar permanente; cambiaremos este cuerpo terrenal por un cuerpo eterno y celestial. “Gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial”, 2 Corintios 5.2.

Pablo describe nuestros cuerpos en su condición presente como “animales” – del alma, *psucikós* – porque Dios los diseñó en primera instancia como vehículos para el alma. “Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual”, 1 Corintios 15.44. Nuestros cuerpos están asociados con Adán, “Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente”, 15.45. No están equipados para que el espíritu se exprese, pero en la resurrección ellos harán ver su asociación con Cristo, el Espíritu que da vida. Entonces recibiremos cuerpos espirituales, no cuerpos compuestos de espíritu (una contradicción de términos), sino cuerpos gobernados por espíritus. Así como los cuerpos que tenemos ahora expresan la vida del alma, nuestros cuerpos futuros expresarán la vida del espíritu y tendrán habilidades para el servicio de Dios más allá de lo que podemos imaginar ahora.

Debemos presentar nuestros cuerpos “en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”, Romanos 12.1. Son templos del Espíritu Santo, 1 Corintios 6.19, que Dios valora, y nosotros debemos hacer lo mismo. La gente del mundo le dice a Dios y al gobierno que sus leyes no deben “meterse con el cuerpo de uno”, pero el creyente sabe que es sólo un administrador del cuerpo, y no su dueño. “Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”, 1 Corintios 6.20.

No debemos dejar que ellos sean adictos a las drogas y otros hábitos malsanos; nunca debemos valernos de los derechos de Dios al modificar nuestros cuerpos con tatuajes, agujeros o cirugía cosmética que no sea necesaria por razones médicas. “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia”, Romanos 6.12, 13.

En conclusión, con nuestros espíritus estamos conscientes de Dios; con nuestras almas estamos conscientes de nosotros mismos; con nuestros cuerpos nos relacionamos con el mundo físico. Sin embargo, al hablar de “tres partes” debemos tener presente que cada uno de nosotros es una unidad con una sola concienciación. El pecado echó a perder a nuestro ser entero, pero la redención en Cristo nos ha limpiado y reclama todo nuestro ser. Él nos perfeccionará como seres humanos intactos.

Dios ha revelado estas verdades para nuestra enseñanza, para que le sirvamos inteligentemente. Que nuestros espíritus entren en comunión con Dios y acepten instrucciones del Espíritu Santo; que nuestras almas respondan a la dirección de nuestros espíritus y nos conduzcan a ser puestos aparte para Dios; y que nuestros cuerpos honren y sirvan al Señor Jesús.

El ADN

o **DNA** por sus siglas en inglés;
es el ácido desoxirribonucleico

Norman Crawford

Las palabras de Romanos 1.18 al 23 se revisten de un significado especial a la luz del tema de este artículo. Los versículos 19 y 20 rezan: “Lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”.

Nuestros jóvenes están sumergidos en un mundo donde se da por entendida la evolución. Según la mayoría de los libros de texto sobre las ciencias naturales que se emplean en el sistema educativo, la evolución se debe aceptar como un hecho. Debate reciente ha intentado rechazar cualesquier pruebas de un Diseño Inteligente como “prejuicios religiosos”. Aun cuando los tribunales profesan neutralidad cuando imponen la aplicación de la así llamada cláusula “no instauración” [en la constitución norteamericana], el resultado ha sido hostil. Se afirman que los cristianos, cuando se dirigen al tema, presuponen que “Dios es”. Gustosamente confesamos que así es, pero creemos también que los evolucionistas tienen el prejuicio de que “Dios no es”. Dios ha sido borrado de su propia creación.

En 1953 Francis Crick y James D. Watson descubrieron la estructura genética del ADN que está encerrada en los núcleos de nuestras células. El ADN es un componente esencial de todas las cosas vivas y la fuente del código genético que transmite información hereditaria. Este descubrimiento pone en tela de juicio a toda teoría naturalista sobre el origen de la vida. Medio siglo de investigación ha confirmado el gran hallazgo y hasta cierto punto ha podido descifrarlo, pero es tan complejo que todavía hay mucho que aprender.

La información detallada que permite al ADN producir proteínas está contenida en un “lenguaje” compuesto de tres billones de “letras” genéticas. Cada molécula ADN mide sólo dos millonésimos de un milímetro en grosor, pero contiene no sólo un lenguaje sino también una vasta biblioteca de la información necesaria para la vida. Si el naturalismo no puede explicar la fuente de esta información, entonces no puede pretender saber el origen de la vida.

Las proteínas son los bloques de la vida natural. Se componen de una unión complejo de aminoácidos y contienen elementos tales como el carbón, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno. La vida, tal como la conocemos al nivel físico, no puede existir sin proteínas; el ADN las produce. Se ha comparado su producción a una máquina complicada que es capaz de realizar miles de funciones. Esta línea de montaje molecular arma una cadena de aminoácidos de hasta centenares de unidades. Formando una proteína de esta cadena, la suelta y la manda a la ubicación exacta donde es requerida. Diferentes partes de la máquina coordinan estas muchas funciones. Si una máquina de esta índole fuera construida por hombres, diríamos que son genios. ¿No se trata de un diseño inteligente?

En esta edad de la computadora nos hemos acostumbrado a programas de software que emplean un lenguaje de computación. Bill Gates, el fundador de Microsoft, ha comentado: “El ADN es como un programa de software, sino mucho más complejo que cualquier cosa que hayamos inventado”. El señor Gates reunió un grupo de personas con los más altos niveles de inteligencia para crear sus sistemas de software. ¿Podemos creer que el muy superior sistema de células vivas fue producido sin diseño inteligente?

“Una cucharada de ADN podría contener toda la información requerida para construir toda proteína que ha existido, y quedaría espacio para toda la información en todo libro jamás redactado ... la montaña de información en una célula microscópica ADN excede por muchísimo todo otro sistema conocido”. [1]

El ADN porta esta vasta biblioteca de información, pero la información es distinta del portador. Un libro se compone de papel, tinta y pega, pero su información es distinta de estas sustancias materiales. ¿Quién puso la información allí? Nadie sugeriría que el papel produjo la información. ¿Se originó sin una fuente inteligente, sin un plan o propósito, meramente por casualidad, como las teorías evolucionistas obligan a pensar? Un problema sobresaliente con estas teorías es que no hay un atisbo de evidencia de que algo jamás se haya producido de la nada, especialmente la vida.

“Suponer que la forma de vida más simple fue producido por pura casualidad, más el tiempo, es lo mismo que suponer que el *Webster’s Unabridged Dictionary* fue producido por una explosión en un taller de imprenta”. [2] El cuerpo humano contiene quizás cien trillones de células. Ninguno de los laboratorios científicos en el mundo ha podido producir una sola célula viva, salvo que sea de una fuente viva. Solamente Inteligencia Suprema puede ser la fuente de vida, no la mutación, ni la selección natural ni un accidente, aun si el evolucionista intenta entrometer en alguna parte entre siete millones y cinco billones de años.

La conclusión anunciada por Crick y Watson [3] fue que toda la raza humana, de cualquier color, procede de una misma madre. Si un proceso evolucionista produjo seres humanos a lo largo de millones de años, entonces sucedió una sola vez y se produjo una persona. Al ser cierto esto, no encajaría en ninguna teoría evolucionista que se ha conocido.

Seamos claros sobre este asunto de que aun una sola célula viva es tan compleja en su diseño y función que solamente Uno que es la fuente de toda vida, y puso su vida por la salvación nuestra, ha podido ser el creador de toda vida. “En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”, Colosenses 1.16, 17.

[1] Michael Denton, biólogo molecular, en *Evolution: A theory in crisis*

[2] Edwin Conklin, Universidad de Princeton

[3] En una conferencia sobre la genética en Chicago en 1975, cuando se divulgaron los resultados de su estudio ADN de placentas humanas.

La investigación de las células madre

David Vallance; Detroit, EE UU

Truth & Tidings, febrero 2005

Imagínese haber encontrado una bolsita de semillas mágicas que, dependiendo de dónde las siembre, pueden producir apio, zanahorias, repollo o maíz. Las células madre se parecen a estas semillas. Son células maestro que pueden dar origen a todos los 210 tipos de tejidos encontrados en nuestros cuerpos. Estas células polifacéticas son hoy en día el tema predominante en la medicina. Una ingeniería cuidadosa podría utilizar las células madre para componer daño en el cerebro o el corazón, reconstruir una rodilla, restaurar las uniones lesionadas en el sistema nervioso, tratar la diabetes y mucho más.

El caso es que ya se está empleando ampliamente la terapia para algunas formas de cáncer y enfermedades autoinmunes. En solamente los Estados Unidos, más de 20 000 veces al año se usan células madre para reemplazar la médula de los huesos de pacientes que han recibido quimioterapia o radiación, y de esta manera se logran muchas curaciones antes imposibles.

En un caso típico, primeramente se aíslan las células madre en el hueso canceroso y luego se sujeta el paciente a una quimioterapia intensiva con el fin de matar las células del tumor. Sin embargo, este tratamiento sería letal si no fuera por las células madre recogidas, porque puede eliminar las células productoras de sangre en la médula a la vez de matar las cancerosas por medio de drogas. Pero, justo a tiempo, los médicos reintroducen las células madre en el paciente, y en poco tiempo estas se incorporan en la médula de nuevo con toda la maquinaria celular necesaria para la formación normal de sangre.

El reemplazo de la médula es un ejemplo del uso ético de las células madre, porque estas se derivan del propio cuerpo del paciente y con su consentimiento. También se puede obtener células éticamente del cordón umbilical y de las placentas. La investigación preliminar que se está realizando actualmente en animales y humanos ha mostrado que pronto estas células podrán ser usadas para tratar enfermedades tales como la diabetes juvenil, la esclerosis múltiple, la enfermedad de Parkinson, derrames cerebrales y los ataques cardíacos.

Sin embargo, en años recientes los científicos han comenzado a promover la “cosecha” de células madre embrionarias; a saber, células que se obtienen al destruir los embriones de personas vivas. Estas víctimas embrionarias proceden de dos fuentes principales: las clínicas de fertilidad y los fetos botados por clínicas de aborto.

Debemos notar que esta investigación embrionaria de la células madre es de un todo innecesaria, ya que se consiguen sin dificultad células adultas con la misma capacidad, y estas células están efectuando curaciones reales. Pero es más importante observar que la investigación embrionaria de las células madre es antibíblica porque quita la vida humana.

La Biblia enseña claramente que la vida humana inicia con la concepción, y por lo tanto “cosechar” la célula madre embrionaria contraviene el mandamiento de “No matarás” de Éxodo 20.13. El Espíritu Santo hace saber claramente su criterio de niños no nacidos por medio de los términos que emplea al hablar de ellos en las Sagradas Escrituras. Al registrar el origen de personas, generalmente escoge *engendrar*, que se refiere a la concepción. Por ejemplo, en Génesis 3.5 Adán “engendró un hijo a su semejanza”. Emplea también el hebreo *yeld* y el griego *brefós* (palabras que quieren decir “niño”) para tanto el nacido como el no nacido. Hagamos dos comparaciones:

Éxodo 21.24, “la mujer y sus hijos”, con Éxodo 21.22, la mujer embarazada que aborta
Lucas 1.41, “la criatura saltó en su vientre”, con Hechos 7.19, exponer a muerte
a los niños

Se ve que la Biblia habla de la misma manera de los no nacidos como de los niños vivos. David se maravilló ante las obras “formidables, maravillosas” cuando Dios formó sus entrañas y lo hizo en el vientre de su madre, definiendo a la vez su futuro; Salmo 139.13 al 16. Job, Isaías y Jeremías también describen cómo Él confeccionó sus cuerpos y ordenó sus destinos antes que naciesen:

Tus manos me hicieron y me formaron ... como queso me cuajaste ... tu cuidado guardó mi espíritu, Job 10.8 al 12

Jehová me llamó desde el vientre ... me dijo: Mi siervo eres, Isaías 49.1 al 5

Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones, Jeremías 1.4,5

Cuando David estaba en el vientre, Dios le conocía como una persona. Antes de nacer ellos, Él percibía a Job como vivo, llamó a Isaías siervo suyo y ordenó a Jeremías profeta. Debemos recordar también que la divina encarnación tuvo lugar en Nazaret, no Belén: “Tú eres el que me sacó del vientre; el que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre. Sobre ti fui echado desde antes de nacer”, Salmo 22.9,10.

Y, la ley de Moisés abunda sobre esta verdad al valorar la vida del no nacido como tan preciosa como la de un adulto. Por ejemplo, Éxodo 21.22, 23 observa que si en una riña uno de dos hombres golpea a una mujer encinta, posiblemente ella entrará prematuramente en trabajo de parto. Aun al no sufrir ella por esto, la multa era fuerte. Pero si ella o la criatura en su vientre sufrió, se aplicaba el principio de “ojo por ojo”, y al morir uno de los dos, el principio de “vida por vida”. Esta Escritura pone en igualdad de condiciones la madre y el bebé no nacido: matar a ella o a él era un crimen capital.

Hay aquellos que reconocen la personalidad del embrión pero creen que aun así debemos sacrificar unos pocos embriones en pro de la ciencia médica, “porque van a ser destruidos de todos modos”. Pero ese pragmático modo de pensar – “el fin justifica el medio” – es contrario a las Escrituras. Matar a un ser humano inocente para aliviar el sufrimiento de otro es una manera inmoral de lograr ese fin. Un proceder malo nunca es justificable, no importa cuán deseable el fin, y sumar un mal a otro mal no resta el primer mal, sino simplemente resulta en dos males. Así que el hecho de que un aborto electivo haya tenido lugar no quiere decir que podemos justificar el segundo mal, el de experimentar con el bebé vivo abortado o con sus tejidos, para obtener más información.

El tema de la investigación de las células madre del embrión, al igual que otros debates sobre la moralidad, probará y retará nuestra comprensión de la ética bíblica. Todo sistema ético está en uno de dos campos. El primero es de arriba, la ética revelada, un sistema de conducta de Dios. El segundo es de abajo; es la ética especulativa, el producto del mero razonamiento humano. El primero depende de la autoridad divina y la segunda de la preferencia humana. El primero es absoluto, el segundo relativo.

Para resumir la perspectiva bíblica –

1. La ética cristiana se basa en la voluntad de Dios. Dios ordena lo que es justo con base en su inalterable carácter moral, y manda a obedecer su voluntad. “Seréis, pues, santos, porque yo soy santo”, Levítico 11.45. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”, Mateo 5.48.
2. La ética cristiana es absoluta. El carácter moral de Dios nunca cambia. “Yo Jehová no cambio”, Malaquías 3.6. “... el Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de

variación”, Santiago 1.17. Por lo tanto, las obligaciones morales que fluyen de su naturaleza son absolutas. Los imperativos como la santidad, la justicia, el amor, la veracidad y la misericordia son vinculantes para toda persona en todo lugar y todo tiempo.

3. La ética cristiana se basa en revelación divina. Dios ha revelado sus mandamientos de dos maneras. Primeramente, por la revelación general en la naturaleza. “Las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas. La obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos”, Romanos 1.19, 20, 2.12 al 15. “Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras”, Salmo 19.1 al 6. Segundo, hay la revelación especial en las Escrituras. “Conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor. Les ha sido confiada la palabra de Dios”, Romanos 2.18, 3.2. “El precepto de Jehová es puro, que alumbró los ojos”, Salmo 19.7 al 14.

La revelación general contiene los mandamientos de Dios para todo pueblo, mientras que la revelación especial declara su voluntad para los creyentes. Aun cuando los inconversos tal vez desconozcan la base bíblica de la moralidad, ellos manifiestan por sus inclinaciones que la ley está escrita en sus corazones. “... mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia”, Romanos 2.14,15. Dios no eximirá a nadie que haya dejado de reconocerle como la fuente del deber moral.

Vemos, entonces, que la Escritura juzga una acción como moral o inmoral según se haya conformado a la norma divina del bien. Un hecho que deja de producir el resultado perseguido puede ser bueno de todos modos, porque las acciones morales que reflejan la naturaleza de Dios son buenas con o sin ser exitosas.

Más allá de tomar la vida humana, la investigación embrionaria de las células madre presenta otro problema ético. Aun si estos estudios podrían resultar en terapias celulares beneficiosas, el sistema de inmunidad de un paciente percibiría aquellas células implantadas como ajenas y las rechazaría. La única manera de evitar este problema sería la de primeramente clonar al paciente al insertar material genético en un huevo donado. Entonces se cultivaría este clono – en esencia el gemelo del paciente – en el laboratorio hasta cierta etapa de desarrollo, para luego matarlo con el fin de cosechar sus células madre para el uso del paciente. De manera que la terapia por células madre embrionarias añadirá inevitablemente a la clonación humana, la cual es en sí antitética e inmoral por ser el pecado de destruir vidas humanas.

¿Por qué es mala la clonación humana? ¿Acaso Dios no le dio al hombre dominio sobre su creación? Génesis 1.27 28. Sí, lo hizo, y esto nos estimula a comprender los secretos del mundo biológico y aprovecharnos de ellos para nuestro beneficio. “Jehová, que da el sol para luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche ... Si pudiereis invalidar mi pacto con el día y mi pacto con la noche ...” Jeremías 31.35, 36, 33.20, 21. Sin embargo, debemos ejercer nuestro dominio responsablemente, por cuanto somos meros mayordomos de la creación de Dios. “La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo”, Levítico 25.23.

Dios es soberano sobre la vida. Él creó toda cosa viviente y controla tanto la vida como la muerte. “Creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve ...,” Génesis 1.21 “Yo hago morir, y yo hago vivir; yo hiero, y yo sano”, Deuteronomio 32.39. “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”, Job 1.21. No somos nuestros, sino suyos por creación y redención. “Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”, 1 Corintios 6.20. Por esto no tenemos derecho de intentar controlar la vida humana, reajustar sus genéticas o avanzar su “evolución”.

El solo hecho de que algo sea posible técnicamente no quiere decir que sea permisible moralmente. El progreso científico se ha ensorbecido hasta dictar que lo que los científicos pueden inventar, ellos deben inventar. Pero el progreso técnico no es necesariamente progreso ético. Puede ser regresión. Tenemos la tecnología para destruir la raza humana con misiles nucleares, pero esto no quiere decir que debemos hacer tal cosa.

Corremos el peligro de olvidar las lecciones amargas aprendidas en Nuremburgo después de la segunda guerra mundial. Murieron cada día en el campamento de Aushwitz 12 000 judíos y otros *untermenschen* (indeseables). También, se encontraron 6 300 kilos de pelo de mujer en sacos cosidos, listos para ser vendidos en el mercado. Durante los juicios en Nuremburgo, los investigadores alemanes acusados de crímenes de guerra (más notablemente Dr. Josef Mengele del *Waffen SS* en Auschwitz) ofrecieron tres defensas:

1. Supuestamente existía una gran necesidad de investigación para proteger las vidas de los soldados y marineros.
2. Supuestamente los objetos de los ensayos ya estaban marcados para morir de todos modos (o sea, otras personas ya habían decidido matar a quienes los investigadores mataron).
3. Por esto, no se debía dejar de aprovechar esta material de valor, ni malgastar esta oportunidad para aprender de una manera imposible por otras vías.

Este argumento, rechazado de plano por el tribunal, es precisamente el que se presenta hoy día para justificar que el Estado provea fondos para la investigación con embriones humanos. Pero el uso debido de la ciencia exige que cada proyecto de investigación nuevo comience con una base moral. Hasta el más noble de los fines no justifica cualquier medio.

Acerca de la conciencia

William Hoste, *Believer's Magazine*, 1938
el último escrito de este erudito

Sería correcto decir, creo, que una conciencia fue la única cosa que nuestros primeros padres obtuvieron de la Caída; y por supuesto el ser humano tiene una conciencia todavía, aunque su voz puede llegar a ser muy débil, o aun apagada, por ser desatendida repetidamente. Pero se hará oír un día.

En la Reina-Valera la palabra *conciencia* figura una sola vez en el Antiguo Testamento, en Salmo 16.17, pero otras versiones la expresan como “íntimos pensamientos” o en términos similares. No obstante, sin duda es retrospectivo el comentario acerca de los gentiles en Romanos 2.15: “la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos”. Posiblemente tenemos una referencia a esta misma conciencia en las palabras del diablo en el Edén: “seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” – *el conocimiento del pecado sin evitarlo, y el conocimiento del bien sin alcanzarlo*. Si esta definición es correcta, es claro que nuestros primeros padres no tenían una conciencia antes de la Caída.

Se ha comparado la conciencia a un reloj de sol, que funciona solamente cuando hay luz. Por cualquier otra luz, de noche por ejemplo, usted puede hacer que diga lo que quiere que diga. Alguien ha definido la conciencia como “lo sobrenatural dentro de lo natural”, o “el imperativo divino dentro el alma”. Así como el reloj de sol, funciona correctamente sólo si está alumbrada por la Palabra de Dios.

El Señor les advirtió a sus discípulos que vendría el tiempo cuando los hombres pensarían que servían a Dios al matarles; es decir, lo harían con la conciencia tranquila. Así un hombre puede tener una conciencia “tranquila” y hacer mal, como Saulo de Tarso, quien pensaba que debería hacer muchas cosas contrarias al Nombre de Jesucristo. El Juan 8.9 los acusadores fueron “acusados por su conciencia”; sabían que no eran sin pecado en el asunto y sabían que Dios lo sabía también.

Y, una conciencia puede ser débil; es decir, excesivamente mórbida y puntillosa, pero no ser alumbrada, como aquellos de Romanos 14 que no comían ciertos alimentos debido a escrúpulos religiosos. Los acusadores de nuestro Señor no entrarían al tribunal en Jerusalén “para no contaminarse”; véase Juan 18.28.

Una conciencia puede ser *mala* por no estar purgada por la sangre de Cristo; “purificados los corazones de mala conciencia”, Hebreos 10.22; o *buena*, precisamente por ser purgada, “la sangre de Cristo ... limpiará vuestras conciencias de obras muertas”, Hebreos 9.14. El v. 9 habla de “perfecto, en cuanto a la conciencia”. Pero cuando leemos en el 10.2 que los adoradores una vez purgados no debían tener “ya más conciencia de pecado”, no debemos entender que no están conscientes de pecado adentro o falla afuera, y menos que ya no tienen conciencia. Entendemos más bien que el sacrificio de Cristo ha respondido a todas las demandas de Dios al extremo que Él está plenamente satisfecho en cuanto al asunto del pecado, y ellos están satisfechos también. Ellos reposan donde Él reposa.

Prosiguiendo, la conciencia de uno puede estar contaminada por pecar aiosamente (Tito 1.15: “para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas”), o puede estar cauterizada por pecar repetidamente contra la

luz (1 Timoteo 4.2: “la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia ...”).

Debemos “mantener una buena conciencia”; es decir, vivir con una conciencia tierna y alumbrada. Y a la vez procurar “tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres”, Hechos 24.16.